

NAVIDAD

Ante un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre que dicen que es Dios, caben dos actitudes: o la indiferencia del menosprecio, o la adoración. Hoy, en todo el mundo, se reproducen ambas actitudes. Algunos, conocedores de lejos de la noticia, se quedan en sus casas como si todo les fuera ajeno. Nosotros, y somos bastantes millones en el mundo, nos acercamos con entusiasmo y lo adoramos.

La Navidad es una cosa tan grande que, aún hoy, resuena en el ambiente de nuestras ciudades y de nuestras casas el canto jubiloso de los ángeles. Su alegría es contagiosa. Nosotros sabemos el sentido de esa alegría, que es la de saber que Dios está en medio de nosotros. Abajándose, tomando nuestra condición humana, se acerca a nosotros y así une el cielo con la tierra.

De esa manera, a través de los ojos del Niño de Belén, sabemos que a partir de ahora ningún instante, ningún momento, por pequeño que sea, deja de tener importancia.

Dios nace hombre para que el hombre pueda nacer a la vida divina. Es un misterio muy grande el de la Encarnación. No es un Misterio que baja, sino que sube. Que nos sube, que nos dignifica y que nos eleva. Pone a la luz lo importante que es el hombre para Dios, cada persona en particular.

Jesús, desde la cuna, te sonrío a ti y estira sus pequeños brazos para que vayas a rendirle tu homenaje. Es el mismo Dios, que, si tú quieres, se pone para siempre a tu lado en el camino de la vida: estará contigo en tus alegrías, estará contigo en tus penas, te dará esperanza cuando más lo necesites, te levantará y te animará cuando te caigas. Ábrele las puertas de tu vida y de tu corazón. Viene para ti. Déjate abrazar por Él. Deja que su amor te transforme. Lo necesitas. Solo tienes que acercarte al Niño Jesús para descubrir en Él al Dios que te ama tal como eres. No esperes a ser como sueñas ser para que te ame. Dios no puede amar lo que no es real. No te quieres enterar. Dios viene a ti por amor a ti en tu verdadera realidad: con tus debilidades, con tus pecados, con tus heridas, con tus miserias. Ya te quiere, y te quiere así. No tienes que esforzarte en merecer su amor, ni tienes que esconderte de Él hasta que te creas digno. ¿Vas a tener miedo de un niño que te pide cariño? ¿Le vas a andar a un bebé con teologías espirituales, con razonamientos y explicaciones sesudas? Hoy no toca. Su amor es el que te hace digno, el que te purifica, no tus virtudes, ni tus hazañas. Solo espera de ti que le aceptes, que le cojas en brazos y te dejes amar por Él.

La Navidad nos vuelve niños. Estos días, al comulgar, podemos repetir aquella oración que nuestras madres nos enseñaron en la infancia: «Jesusito de mi vida, eres niño como yo, por eso te quiero tanto, que te doy mi corazón. Tómallo, tómallo, tuyo es, y mío no». Como José. Como María.